

VIGENCIA DEL SOCIALISMO.

Darío Pavez

1.- La esencia de la propuesta socialista desde que emergiera como opción transformadora del mundo moderno reside en su convocatoria al conjunto de la sociedad para construir un curso de existencia posible bajo el principio rector del « pleno y libre desarrollo de cada individuo », apelando a la superación o abolición de aquellas relaciones sociales fundadas en la subordinación mercantil, política e ideológica u otro criterio de exclusión.

En esta dirección, se entiende como hombre libre aquél que logra realizar plenamente su personalidad armonizando sus aspiraciones e intereses con los de sus semejantes - inspirado por un profundo sentido de justicia, igualdad y tolerancia, hasta asumir así la doble condición de individuo y hombre universal (A. Heller).

Este ambicioso propósito que, necesariamente, abarca distintos planos de la existencia social - el político, el cultural, el económico y el intergenérico, supone el despliegue de toda la variedad creativa que la sociedad sea capaz de albergar, sustentado en el ejercicio de la más irrestricta vigencia de la pluralidad y tolerancia. De ahí que el socialismo atribuya a la libertad - síntesis de aquella doble exigencia, el carácter de un valor de auto-designio, o condición fundamental de vida, pues sólo bajo su imperio la sociedad puede cotejar todo el arco de opiniones y valores que la cruzan como un recurso de conocimiento y revelar, por último, su estructura como sociedad-conflicto.

Por esta razón, pese a las inevitables tensiones que ha de desencadenar una transformación de la envergadura indicada y dada la desigual distribución del poder, la pertinencia del proyecto socialista se torna contradictoria con cualquier intento de destrucción de alguna de las opciones que le sean oponentes, y - por el contrario, solamente tiene posibilidades de realizarse a través del recurso del compromiso democrático.

2.- Todas las filosofías socialistas que registra la evolución del pensamiento político han aflorado como críticas del mundo existente desde el momento que su interés principal, el futuro posible, choca con un presente real que es necesario superar.

Constituído el Socialismo como proyecto de cambio surgido al compás de la emergencia del capitalismo industrial, principalmente al despuntar el s. xix, se fundamentó como cuestionamiento a la lógica de ese sistema, cuyo funcionamiento y reproducción, desde su alboros, escindió violentamente los intereses y aspiraciones de los hombres, los cuales - mediatizados a través del mercado, son satisfechos de forma individualista con menoscabo del otro.

En términos sumarios - según dicho juicio crítico, quienes tienen a su disposición los medios de producción están en situación de adquirir fuerza de trabajo y socializar el esfuerzo productivo, en tanto quienes carecen de otro recurso alternativo se encuentran compulsados a venderla bajo condiciones que les son impuestas por las necesidades orgánicas del capitalismo.

En virtud de este condicionamiento los asalariados, cualquiera fuera su status dentro de ciclo productivo, son enajenados parcialmente de los valores que generan, no obstante que la compensación que perciben es investida como aquel equivalente mítico que emerge de las condiciones y fuerzas que operan en el mercado del trabajo. Bajo tal diferencia de valores se genera el beneficio que amparado en el derecho privado da sostén a la acumulación y al gasto final de los sectores no asalariados, profundizando las desigualdades de origen entre las clases conforme a la posición que estas últimas ocupan en el curso del proceso productivo.

De otro lado, la operatoria del capitalismo - durante un trecho prolongado de su evolución, excluyó en forma drástica a los agentes del trabajo de las decisiones relativas a la composición y destino del producto socialmente realizado, centralizándolas en quienes detentaban la propiedad y la gestión técnica de los recursos materiales y financieros. De esta forma, aquellas condiciones de explotación económica se perfeccionaron por la sola fractura establecida entre el quehacer cotidiano de los individuos y el producto de su actividad asalariada, imprimiendo - además, el sello de esa alienación contenida en la disciplina de la

empresa en otras manifestaciones de la dominación política e ideológica.

Desde esta doble perspectiva, los movimientos socialistas hicieron de la lucha contra la explotación el eje más visible de una propuesta superadora del capitalismo, en tanto ordenamiento social, aunque su horizonte apuntaba, sobre todo, a la desalienación del individuo, la emancipación completa del trabajo humano y la reunificación de la sociedad - cual comunidad de productores y ciudadanos, en torno a la cooperación y la distribución consensuada de los beneficios del progreso.

3.- Sin embargo la práctica política, en tanto instrumento del cambio social, llevó al socialismo y a los movimientos cobijados bajo su nombre por distintas rutas y experiencias. Y, al tiempo que tomaba lugar esa diversidad de prácticas colectivas, el capitalismo avanzado - por su parte, también se alejaba de las modalidades excluyentes - y muchas veces represivas que distinguieran a su primera etapa de expansión moderna si bien conservando sus elementos más caracterizadores.

La influencia de la propuesta socialista en Europa Occidental desde el último cuarto del siglo anterior hasta mediados del actual, en un entorno de crecimiento y organización de los trabajadores, colocó a los movimientos populares en la primera fila del cuadro socio-político y cultural de los países capitalistas más desarrollados. Su fuerza organizada, posesionada de referencias ideológicas, abrió un progresivo espacio dentro del cual se socializaron sus luchas y las de otros sectores subalternos de la sociedad que habrían de determinar, antes que nada, una elocuente democratización de las instituciones y el progresivo acceso a instancias de decisión, con el solo intervalo de los quince años de predominio del fascismo.

Por la presión de esos impulsos, el capitalismo - aquejado de crónica tendencia a la inestabilidad, concentración de los recursos, incapacidad manifiesta de solventar las demandas sociales no mercantiles y asimétrica distribución de las oportunidades, se vio impelido a resignar aquella hegemonía asentada en la competencia autorregulada entre agentes privados para terminar cediendo a la esfera pública parte de sus prerrogativas sobre la asignación y control de los recursos.

Como consecuencia de ese proceso reformador emerge el Estado de Bienestar - poderosamente activado por la movilización política, sindical y otros mecanismos corporativos de clases medias y populares, llamado a compensar la dictadura de las necesidades dominantes para servir los déficit de amplias capas de población, estabilizar la actividad global, empleo e ingresos, satisfacer aquellas demandas carentes de virtualidad mercantil y , por último, proveer aquellas apoyaturas sociales destinadas a reducir la desigualdad de oportunidades de cara al futuro.

Esta cesión de espacio permitió, a la vez, que el desarrollo capitalista pudiera continuar manteniendo sus rasgos esenciales y reproducirse exento de conflictos catastróficos, relegitimando su vigencia a tenor de nuevos expedientes de comunicación destinados a restaurar los consensos en torno suyo y, asociando, finalmente, su capacidad de acumulación a la lógica de la gestión pública. De esta manera, tanto la teoría del derrumbe del capitalismo como aquella del darwinismo competitivo encontraron su contraceptivo en la contribución que el socialismo reformador hiciera, en oportunidad de crisis agudas, al rediseño del rol del Estado y de sus políticas redistributivas y compensadoras.

Premunido de ese doble apoyo proveniente del Estado de Bienestar el capitalismo avanzado de Europa Occidental y los Estados Unidos, se encontró en situación de absorber los primeros resultados de la revolución científica hasta conjugarlos en una larga expansión que le llevaría a culminar - más adelante, su total planetarización.

Sin embargo el sistema careció de las potencialidades suficientes para reconciliar los costos implicados, primero, en una ascendente demanda de los sectores sociales bajo protección - incentivada por la asimilación de consumos personalizados; segundo, en el mantenimiento de una burocracia cuyo crecimiento no guardaba correspondencia con el volumen de servicios públicos; en las propias exigencias de acumulación e incorporación de nuevas tecnologías y, por último, la inmovilización de enormes recursos reclamados por la guerra fría.

Las recurrentes crisis fiscales, la inestabilidad de los intercambios externos y la incertidumbre que enfrentaba la propia reproducción del capital determinaron un violento retroceso en las magnitudes y diseño del Estado de Bienestar, dando paso a una nueva ola de librecambismo que elevó la centralidad del

mercado en su condición de regulador económico con la no oculta intención de extender dicha forma de regulación a las más significativas relaciones sociales, con prescindencia de la esfera política y su rol de escenario de resolución democrática de los conflictos. Este síndrome afectó a la mayor parte del capitalismo desarrollado gracias, entre otros factores, al apoyo electoral brindado por aquellos mismos contingentes sociales que favoreciera el Estado de Bienestar pero cuyas demandas en estampida no encontraron respuesta, de modo que el retorno al liberalismo económico pudo verificarse sin violentar el orden democrático. Pero, a su vez, la refracción de dicho fenómeno sobre los países de tamaño intermedio, aquejados por el estancamiento, crisis de pagos externos y presiones inflacionarias, en su mayor número tuvo como correlato político una pléyade de regímenes autoritarios.

4.- En otra parte importante del mundo, el Imperio Ruso, el movimiento socialista fue más lejos. Tras la Revolución de Octubre se dio a la tarea de sustituir el capitalismo y sus normas por un sistema de dirección centralizada de la sociedad que hizo del poder político, originalmente radicado en mecanismos de representación popular, el principal ordenador del quehacer económico, social, cultural e ideológico.

Partiendo de la premisa unidireccional que el desarrollo de las fuerzas productivas habría de corresponderse con la superestructura jurídica y cultural, esta vez sin la presencia distorsionante de la propiedad privada, las exigencias del crecimiento industrial y de la modernización productiva - por carecer de una contrapartida de acumulación endógena al interior del complejo socio-productivo de la ex-Unión Soviética, condujeron a la movilización coercitiva de los recursos aplicables con aquella finalidad sin admitir margen alguno para el pronunciamiento público respecto al modelo de desarrollo adoptado y menos todavía a formas organizadas de disenso con capacidad de expresión política.

Sin duda que esa transición desde un sistema agrario y preindustrial a una moderna variedad productiva - dominada por complejos tecno-militares de elevado costo social, permitió modificar el paisaje económico en la URSS, reducir la brecha con los polos más desarrollados del capitalismo y generar una corriente de servicios sociales inéditos en la historia anterior de

dicho país. La II Guerra Mundial blanqueó el costo sideral de la colectivización agraria y la violencia del salto industrial y legitimó, temporalmente, al Poder Soviético y a los regímenes que se instauraran entonces en Europa bajo su tutela. Pero, la ausencia de una voluntad democrática - muy por el contrario, acentuó el monopolio del poder político en una reducida clase dirigente con estrechos conductos de renovación y erosionó aun más las capacidades de la URSS para crecer, atender simultáneamente la presión social por mejores condiciones materiales de existencia y responder a los desafíos de una guerra fría que le eran cada vez más insoportables.

En efecto, la sobrecentralizada dirección del tejido productivo - inevitable contrapartida del sistema de dominación política, se tradujo en crónica ineficiencia de la ya compleja actividad económica, sin que existieran - por otro lado, posibilidades de una rectificación movilizadora dada la ausencia de mecanismos de enjuiciamiento y sanción con los naturales efectos en la distribución del poder.

La economía soviética entró en espiral descendente, en medio de la complicidad de directores y dirigidos, y con ella la propia ruptura del Estado sin que se manifestara en el seno de la sociedad voluntad alguna por rescatar los contenidos fundacionales de inspiración socialista.

5.- Trascender al Estado de Bienestar y optar por un curso democrático de superación del capitalismo que, a partir de los imperativos de la equidad conjugue la realización colectiva e individual en el ámbito de la cooperación y la solidaridad sigue constituyendo una propuesta con plena vigencia pues el liberalismo moderno, a pesar a su fuerza expansiva, ha reeditado muy pronto viejas insuficiencias de origen, especialmente en el ámbito de la distribución del producto social y de las fracturas que proyecta sobre las relaciones entre los individuos.

Por otra parte, la experiencia soviética, prolongada en el amplio arco de soluciones totalitarias y pretorianas que legara la descolonización de los años sesenta, permite sostener que la revolución como estallido seguida de la imposición violenta de nuevas estructuras, reglas y condicionamientos culturales ha estado todavía más lejos de superar la atomización social heredada del capitalismo. Quedó demostrado, en cambio que un

quiebre con esas características, una vez agotado en su propia épica militar, no tarda en enajenar la soberanía popular, bloquear el juicio crítico y escamotear las pretensiones humanistas del socialismo. No es de gratis, pues, que haya sido el propio derrumbe del régimen comunista el encargado de poner fin al recurrido y falso dilema de reforma o revolución.

El problema se traslada, por tanto, a maximizar las posibilidades contenidas en el sistema democrático, rescatando, desde luego, los elementos que han sido - desde inicio, las constantes políticas de la modernidad. Si estas últimas - consistentes en el pleno ejercicio de la libertad y la pluralidad, conservan su carácter referencial entonces el desafío socialista habrá de comenzar por la profundización democrática de las instituciones, normas y prácticas de la cotidianeidad social hasta producir, en seguida, los consensos requeridos para introducir cambios en la estructura capitalista que se desprendan de las propias inviabilidades del sistema, aunque orientados a reintegrar a los individuos las potencialidades que les son enajenadas por las restricciones derivadas de la propiedad y de las patologías excluyentes que periódicamente acompañan al ejercicio del poder político.

En este trayecto de largo aliento cada generación, a su turno, modificará los límites, los contenidos y la vigencia de los acuerdos sociales alcanzados con anterioridad, lo cual pone distancia con toda idea de proyecto milenarista, externo a la conciencia colectiva.

Un compromiso de tal naturaleza se encuentra hoy inserto en una coyuntura histórica marcada por la globalización capitalista que ha envuelto a nuevas regiones y pueblos hasta ayer sumidos en estructuras preindustriales y agrarias y fuera de los circuitos más destacados del intercambio, razón por la cual - en contraste con el voluntarismo imperante en los años sesenta, es oportuno recoger la válida aseveración de Marx contenida en el tantas veces citado «Prólogo de la Crítica de la Economía Política» :

« Una sociedad no desaparece nunca antes de que sean desarrolladas todas las fuerzas productivas que pueda contener, y las relaciones de producción nuevas y superiores no se constituyen jamás en ella antes de que las condiciones materiales de existencia de esas relaciones hayan sido incubadas en el seno mismo de la vieja sociedad. Por eso la humanidad no se propone más que los problemas que puede resolver, pues, mirando más de cerca, se

verá que el problema mismo no se presenta sino cuando las condiciones materiales para resolverlo existen o se encuentran en grado de existir. »

Enero, 1995